



Vuelo imaginario sobre historias de concreto

Jesús Vicente García

I

Beatriz cumplió treinta años en julio. Es del año del terremoto. Basilio fue a la fiesta, en el departamento de ella en la colonia Roma. Vio algo raro y me pidió que no le dijera a nadie; pecaré de indiscreto.

Al final del festejo, cuando ya los pocos invitados ebrios se sentaron para platicar y tomarse las últimas copas, Basilio vio las fotos de la pared que al parecer a nadie le interesaron o al menos no escuchó ni un comentario al respecto, ni él las había visto. Las fotografías eran del terremoto: edificios derrumbados, casas hechas añicos, fierros retorcidos, acercamientos de rostros compungidos, relojes detenidos a las 7:19 de la mañana, un cine con la marquesina anunciando *Rambo* y a un lado brigadas civiles y bomberos sofocando un incendio entre ruinas, adolescentes polvoreados orinando en un poste inclinado, gente entre montañas de escombros con picos y palas, ángulos diversos del entonces estadio de béisbol Parque Delta del Seguro Social, con cuerpos cubiertos por una sábana en la orilla del campo y la gente en fila para reconocerlos cubriéndose la nariz, o diversos ataúdes hechos al vapor con madera que se usa para los guacales en que transportan el tomate; cuerpos entre los escombros, cuerpos aplastados, sangre regada, alguna mano alzada en señal de vida. La reacción de Basilio fue de silencio. En la mañana, Beatriz le sirvió café y desayunaron; la interrogó, no comprendía ese gusto por la catástrofe.

—Es mi raíz, yo nací en el desastre de 1985, ¿por qué no puedo tener esto como parte de mí de la misma manera que otros tienen sus fotos con su familia o en algún viaje a Acapulco cuando eran niños? —lo dijo con mucha tranquilidad, según palabras de Basilio. Éste no respondió. La cruda no lo dejó pensar. Cuando Beti entró a bañarse, Basilio aprovechó para sacar fotos de las fotos de su sala que están enmarcadas, como si fuera exposición y hasta con su ficha técnica. Es un trabajo bien hecho, afirma Basilio. “Está algo lurias la Beti, ¿qué no?”, comentó por lo bajo.



Beatriz es una verdadera hija del terremoto. Tenía dos meses de nacida cuando sucedió. La lucha por la vivienda comenzó por parte de su mamá. Vivieron en campamentos, en vecindades, con las dos abuelas, hasta que por fin logró obtener un departamento; en donde vivían se derrumbó, y sufrieron los embates de la burocracia, nos les querían dar vivienda por mil trabas. Consiguió el departamento en el cual vive Beti y otro cerca de Tacuba. Por eso, el ejemplo de ésta ha sido de lucha constante, siempre en movimiento, como un sismo, no se detiene y menos ahora, a sus treinta y enamorada de Basilio, toda una licenciada en contabilidad por el IPN. Su mamá es líder en materia de vivienda. Su papá falleció a los cinco años de aquéllo. Esto no lo sabía Basilio, el que pregunta todo.

II

El terremoto de 1985 es el parteaguas de este Distrito Federal. Miles de muertos, desaparecidos, heridos, olvidados en su soledad, en la búsqueda de sus seres,

convertidos en detectives de sí mismos, en albañiles de su vida, en luchadores por la vivienda, creadores de la sociedad civil (término que existió a partir de este desastroso hecho). Basilio no había nacido, sino hasta dos años después del terremoto, a uno del Mundial de México 86, el mundo unido por un balón (recuerdo que fui con mi hermano Andrés a Reforma cuando la selección le ganó no sé a quién y eso era una locura, jamás había visto tanta gente junta), cuando la televisión puso de moda a una mujer que tenía unos pechos que se le salían de la playera de la selección, que cantaba “Chiquitibum a la bimbombá, México, México, ra-ra-rá”. Llegó el 87 y el rock en español llegó para quedarse. En la radio sonaba Alaska y Dinarama, “dónde está nuestro error sin solución, fuiste tú el culpable o lo fui yo, ni tú ni nadie, nadie, pueden cambiarme”; los casetes daban vida durante media hora o cuarenta y cinco minutos por lado con Radio Futura, Soda Stéreo, Git, Nacha Pop, El Último de la Fila, Los Toreros Muertos, Hombres G, La Unión, Olé Olé, Miguel Mateos, Mecano y muchos solistas y grupos que nos hicieron bailar y cantar cosas

distintas a las que hasta ese momento había. En inglés, Toto, Super Tramp, Police, Brian Adams, Quiet Riot (después del terremoto vino a México y se presentó en *Siempre en Domingo*), Madonna, Scorpions, David Bowie, Duran Duran, Men At Work, Cindy Lauper y otros que sería interminable enumerar y que ahora son clásicos.

Pero dos años antes, en los diarios, muy inmediato al desastre de aquel jueves 19 de septiembre de 1985, uno veía a nuestra ciudad hecha añicos, edificios grandes y hermosos que no llegaban ya ni a obra negra, eran “escombros del destino”, como diría Rodrigo González en su canción “No tengo tiempo de cambiar mi vida” (quien murió en el temblor). A mis dieciséis, veía las fotos, porque no podía ir a todos lados y mirar todo, de manera que ésa era nuestra conexión con el mundo aún no globalizado, e incluso recorté imágenes de las costureras de San Antonio Abad, de los Multifamiliares Juárez, de la colonia Roma, de Televisa Chapultepec, en fin.

La ciudad se tornó gris, como el rostro de un enfermo al que le tienen que poner sondas para alimentarlo. Nosotros nos quedamos sin agua unas semanas. Había que ir a Viaducto y Bolívar a acarrear. Andrés hizo un carrito de baleros desde antes del temblor y sirvió para

llevar nuestros botes. Un tiempo no hubo luz. Caminar por las colonias Centro, Obrera, Doctores, Roma, Tránsito era andar entre ruinas y el olor era a gas, a podredumbre, como si el mismo aire tosiera y no tuviera ánimos de andar. La ciudad era terrosa, aunque uno se bañara, parecíamos polvorones; había movimiento y en algunos tramos parecía que el tiempo se hubiese detenido. Sobre la calle de Independencia, bares y cafés se quedaron en pausa, algunos derrumbados parcialmente, otros completos, los dueños los dejaron ahí a su suerte; muchos años así estuvieron y no fue sino hasta el 2000 que esa calle fue cambiando poco a poco, parecía que la hubieran bombardeado. Donde había edificios pusieron zonas verdes, algunos con placas enumerando los nombres de quienes fallecieron.

Todo esto le fui platicando a Basilio al caminar sobre Eje Central hacia Viaducto, mientras llovía un poco. Al pasar por el metro San Juan de Letrán, me pidió que le platicara cosas del terremoto, qué vi, qué sentí, a qué olía la ciudad, de qué color era, qué ambiente se creó; eso no lo pudo ver en internet, o no del todo. Una revista de no sé qué estado le pidió un artículo que hablase de la literatura que se ha generado a propósito del terremoto.



—Entonces investiga eso y no lo que te platico.

—Me interesan las dos cosas —en su cel me muestra una lista de libros que encontró en su investigación (luego me lo envió por correo), entre los que estaban unos que no eran de narrativa, sino de información y que se hicieron al vapor, repletos de fotos, y ese punto lo enfatizó: las fotos. Entre los libros, señala los siguientes: *¡Terremoto!... Septiembre rojo*, Elena Colmenares, octubre de 1985; *Terremoto en México*, Xavier Gómez Coronel, noviembre de 1985; *Ciudad quebrada*, Humberto Musacchio, noviembre de 1985; *Museo nacional de horrores (con crónicas de Ana Lilia Arias)*, Nikito Nipongo, abril de 1986; *Zona de desastre*, Cristina Pacheco, febrero de 1986; *Imágenes; México mártir. Crisis y sismos*, Carlos Samayoza Lizárraga, enero de 1986; *Reseña periodística del macrosismo que arrasó a la ciudad de México. Almanaque de México*, varios autores, sin fecha; *Esto pasó en México*, varios, diciembre de 1985; *19 de septiembre*, varios, 1985; *Entrada libre*, Carlos Monsiváis, 1987, y *No sin nosotros: los días del terremoto 1985-2005*; Elena Poniatowska, *Nada, nadie: las voces del temblor*, 1988; *Terremoto*, Guadalupe Loaeza, 2005. Para Basilio hay dos importantes: *Hemos perdido el reino*, Marco Antonio Campos, 1987, basada en sucesos reales durante los sismos, relatado mediante tres historias distintas, y *Miro la tierra*, de José Emilio Pacheco, 1986, donde poetiza el terremoto y a la gente que estuvo ahí.

También se le atravesó un cuento que trata acerca del sismo, de Alain-Paul Mallard, en una antología de la UNAM; en *Arte y olvido del terremoto*, 2010, Ignacio Padilla reflexiona las razones de la ausencia de la representación artística de la catástrofe; en el número de octubre de 1985, en *Revista de Revistas*, vio un texto de Alfredo Cardona Peña; en *Proceso* del 23 septiembre de 1986, una crónica de Monsiváis, así como dos textos literarios, uno de Miguel Ángel Flores, “Cuadros para una danza de la muerte”, y un poema de David Huerta, “Elegía del Ajusto”. Otra curiosidad que halló fue que en 1987 el PRI lanzó una convocatoria con cuatro categorías: poesía, testimonio, ensayo y cuento, el resultado fue *El pueblo como protagonista en el sismo y la*

reconstrucción. Entre el jurado estuvo Alí Chumacero. Por su parte, Estela Leñero, en 1990, puso en escena *Las máquinas de coser*, cuya trama se basa en la problemática de las costureras que perdieron la vida en el sismo y las condiciones laborales en las que se encontraban. En 2005, *Milenio*, mediante su suplemento “Laberinto”, y *El Universal*, en su “Confabulario”, hicieron un compendio sobre el sismo. Hace un par de años, Sexto Piso publicó la novela gráfica *Septiembre. Zona de desastre*, de Fabrizio Mejía Madrid y José Hernández, escritor y dibujante, respectivamente. Este año, Mónica Lavín publicará un libro con el mismo tema. Me sorprendió que anexara la novela de mi gran amigo Jesús Vicente García, *El Gran Vals*, 2002, cuyo personaje es consecuencia del terremoto de 85; es más, sin temblor no habría personaje ni historia. Y nadie la comenta, excepto Basilio. “¿Conoces al autor?”, pregunta asombrado. “Nacimos y crecimos juntos en la Obrera, ambos estudiamos letras. Él es barrio, es como yo, hijo de la noche”. Ahora quiere que se lo presente.

III

Cada que Basilio visita a Beti, el terremoto lo tiene muy presente y hasta le ha tomado más interés por razones obvias. De hecho, me ha pedido que lo acompañe a Tlatelolco, a donde estaban los Multifamiliares Juárez, a Televisa Chapultepec, a San Antonio Abad, a un tour singular que deberían de poner en marcha para los turistas, que se llame la Ruta del Terremoto, que todo el mundo sepa que ello cambió fisonomía, política, arquitectura, estética, sociedad civil, sensibilidad del chilango, aunque no está muy seguro que el habitante haya mejorado, a juzgar por la inseguridad que predomina, pero puede ser un buen comienzo para el cambio, según me dice mientras caminamos sobre la Doctores y le platico lo poco que sé de la historia del cine Maya, que ya no existe (ahora es un monstruo abandonado que a última fechas lo usaron para vender autos), pero lo hacemos existir con la imaginación, a punta de palabras, en este pedazo de concreto. ■■■